

SOCIOLOGIA Y CIENCIA: Una experiencia desde la investigación.

*Ma. Luísa Rodríguez-Sala
Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.*

0.- Introduccón.-

Cuando el nieto que aún no tengo, pero que espero, algún día no muy remoto, poder conocer, me pregunte que es lo que más me ha gustado hacer en mi vida, no titubearé en absoluto en responderle: "las investigaciones que he realizado".

Hasta el momento de escribir este trabajo puedo decir, con toda sinceridad, que nunca me ha pesado, ni he considerado cansado o no gratificante el trabajo de investigación. Día con día me acuesto y me despierto con el mismo entusiasmo de hace 36 años, el que radica en pensar en la tarea cotidiana que me espera en el desarrollo de la fase de investigación que me ocupará ese día. Con frecuencia suele sucederme que este interés, este entusiasmo lo prolongo más allá de los días laborables, mis mejores fines de semana son aquellos en los que, en un lugar cálido y cercano a la capital, puedo sentarme, sin interrupción alguna, frente a mi computadora portátil y continuar la redacción de mis trabajos. Debo reconocer, aunque esto no hable muy bien de mi sentido de sociabilidad, que cuando llegan visitas a mi casa por las tardes durante el tiempo que estoy dedicada al trabajo, o bien en aquel lugar de fin de semana, lamento esta presencia, ya que me obliga, por urbanidad, a dejar lo que escribo o leo para atender esta vertiente de la convivencia humana.

Comento lo anterior ya que, en parte explica mi dedicación a, y mi desarrollo como investigadora; este rasgo de mi carácter que tiende hacia la introversión, me ha facilitado, sin esfuerzo, el poder aislarme y dedicar largas horas al proceso que exige la investigación. En tanto que me ha dificultado las tareas académicas que implican una comunicación directa, como son la docencia y la exposición oral. En este sentido puedo afirmar que mi vida académica ha girado fundamentalmente en torno a la

investigación y ha sido en la vertiente escrita en donde mi aportación a la sociología la considero más rica y significativa.

1.- Antecedentes familiares y formación escolar y superior.-

¿ Cómo surgió y se fortaleció mi orientación profesional hacia esta vertiente del trabajo académico ? Para explicarme me remonto a mis años infantiles y juveniles en el contexto familiar y escolar.

Procedo de una familia de clase media, hija única de un matrimonio tradicional: mi padre fue un destacado abogado y mi madre ama de casa con poca educación formal que suplió con una inteligencia fuera de lo común y con ambición literaria y artística, que, dada la época, nunca pudo realizar. Los dos se destacaron por un carácter fuerte, muy comunicativo, impositivo, pero comprensivo, especialmente con la dócil y callada hija única. Mi educación fue muy selecta, desde los cuatro años ingresé al renombrado Colegio Alemán de esta ciudad, entonces ubicado en un viejo edificio de la Calzada de la Piedad. Por una situación totalmente fortuita fue enviada al grupo de niñas y niños de origen alemán, cuyos padres hablaban ese idioma como el materno. Esta circunstancia, benéfica para el aprendizaje del idioma, especialmente durante los primeros años del Kindergarten, obligaría más adelante a mis padres a pagarme clases adicionales de alemán, ya que ninguno de los dos lo conocía y no desearon apartarme de mis ya, para entonces, queridos compañeros de clase y brindarme refuerzo escolar . Fue así como permanecí en este grupo durante el resto de mi estancia en *El Colegio*, no sin largas horas de dedicación post-escolar a la práctica del alemán, especialmente durante la Secundaria y la Preparatoria. Fueron éstos los años decisivos de mi orientación hacia la investigación: tuvimos la fortuna de contar, durante los cinco años de la enseñanza media, con la dirección de un destacadísimo profesor alemán, quien nos supo enseñar, no sólo disciplina, orden, meticulosidad, honradez, limpieza y sentido indagatorio crítico en nuestros trabajos cotidianos escolares, también nos trasmitió el sentido de búsqueda de las raíces de las dos

culturas en que nos desenvolvíamos, la alemana y la mexicana, aunado a un respeto hacia sus manifestaciones y hacia los miembros de cada una de ellas. Contrariamente a lo que algunos poco conocedores de esa época de *El Colegio* han propagado, nosotros, las niñas y niños mexicanos, sin antecedentes germanos, nunca fuimos sometidos a tipo alguno de discriminación, por lo contrario profesores y familias alemanas, nos dispensaban un trato absolutamente igualitario.

La estricta y amplia formación, que no sólo información, que recibí a lo largo de los catorce años de permanencia en *El Colegio* contribuyeron, sin duda alguna, a la integración de mi personalidad. Me formé en un ambiente, no de absurda e indiscriminada competitividad, sino de un orientado espíritu de superación personal y de apoyo a la autoestima que me mantuvo siempre entre las alumnas más destacadas, las que ocupábamos los primeros sitios de aprovechamiento y comportamiento escolares. Este nivel me permitió, inclusive realizar, simultáneamente los dos tipos de bachilleratos, el mexicano y el *Abitur* alemán.

A partir de este intenso aprendizaje, los años profesionales me resultaron, relativamente fáciles, tenía el dominio casi completo de dos idiomas, además del propio; una situación familiar económicamente desahogada, que no rica, que me permitía dedicarme de tiempo completo al estudio. La elección de la carrera fue, también un poco, como mi ingreso al grupo alemán, fortuita. Al egresar de un bachillerato en humanidades me orienté, inicialmente, por la carrera de etnología y lingüística que se proporcionaba en la Escuela de Antropología e Historia. Cursé ahí un primer semestre, durante el cual el curriculum académico concedía un excesivo peso a la fonética y transcripción lingüística, materias que me fueron sumamente difíciles y que me dieron indicio de que esa no sería mi actividad profesional; sin embargo, las materias de índole mucho más social me parecieron sumamente interesantes.

Fue por ello que, al anunciarse que se abriría una nueva escuela universitaria, la de Ciencias Políticas y Sociales en la que se ofrecían cuatro nuevas licenciaturas: Diplomacia, Ciencias Sociales, Periodismo y Ciencias Políticas, me apresuré a inscribirme en los cursos que se iniciarían a mediados del año de su inauguración, 1951. Los dos primeros años de un plan común de materias para las cuatro licenciaturas fueron de una enorme riqueza de conocimientos y perspectivas, proporcionadas por algunos excelentes maestros, quienes procedentes de diferentes disciplinas de lo social, procuraron brindarnos una visión general de lo que podría ser una futura vida profesional. La participación con dos tipos de compañeros de estudios, unos ya con una vida profesional realizada, quienes al ingresar a esta nueva escuela buscaban obtener un título, avalado en sus conocimientos y experiencias y otros, como yo misma, mucho más jóvenes y recién salidos de la Preparatoria, enriqueció a todos y a los inexpertos nos facilitó los contactos que nos permitirían acercarnos mucho más pronto a la realidad profesional.

Dos primeros años de una muy buena trayectoria escolar me mantuvieron entre los tres primeros lugares y me dieron la oportunidad de concursar por una beca para proseguir estudios en el extranjero. La obtuve y con el apoyo de mis padres pude permanecer durante un año en la Universidad de Colonia, Alemania, en donde entré en contacto inicial con la sociología alemana más importante del momento, la escuela de Leopold von Wiese y su alumno, René König, quien para ese entonces, practicaba ya la investigación sociológica aplicada. La inserción en el ambiente universitario alemán me ayudó a definir la elección de carrera. Regresé a México con una mucho más clara idea de lo que podría ser el estudio de la sociología y, de inmediato me reinscribí en la misma Escuela, para cursar los dos años de especialización en Ciencias Sociales. Fueron de estrecho contacto con valiosísimos, no sólo profesores, fundamentalmente maestros en toda la extensión del término, quienes, a su vez eran investigadores en dependencias universitarias. Algunos de mis compañeros de los

dos primeros años, se habían colocado como asistentes de profesores y de investigadores y fue a través de ellos que tuve mi primer contacto con el Instituto de Investigaciones Sociales.

Durante esta etapa de mi vida de formación no recuerdo, en ningún momento, haber tenido alguna experiencia en cuanto a mi situación de joven mujer. Dispuse de las mismas oportunidades que mis compañeros hombres para desenvolverme como estudiante en los niveles básico, medio y superior. Pude aprovechar las oportunidades que la educación me brindó y, con mi particular personalidad retraída y tímida, pude, sin embargo, pertenecer a un grupo de estudiantes que compartíamos aficiones intelectuales y culturales, estudiábamos y elaborábamos trabajos en forma colectiva, preparábamos y simulábamos conjuntamente los exámenes parciales y finales, que en aquel entonces eran todos orales y constituimos el conjunto más destacado de esa etapa formativa. A pesar de mi carácter disfruté de una amistad conservada durante largos años, alguna hasta la actualidad. Mi relación con algunos de los profesores universitarios fue permanente y me brindó la oportunidad de iniciar y desarrollar la siguiente etapa de mi vida, la profesional en el ámbito de la academia.

2.- Mi experiencia en investigación científica.

Aún antes de concluir los estudios formales de la licenciatura obtuve una beca de la Coordinación de Humanidades de la UNAM para realizar la tesis. Conté con el apoyo de las autoridades del Instituto de Investigaciones Sociales y por primera ocasión, en la entonces Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, planteamos la realización de un trabajo de investigación sociológica como tesis colectiva. Si bien el reglamento no lo permitió formalmente, las autoridades no sólo permitieron y a mi colega y a mí, investigar colectivamente dos temas para llenar los requisitos formales y trabajarlos conjuntamente, sino que nos brindaron todo el apoyo institucional. Sentamos con ello las bases que permitirían años más adelante la elaboración colectiva de tesis de licenciatura. Durante el desarrollo de las fases de investigación contamos con la

asesoría de investigadores del Instituto de Investigaciones Sociales, entre ellos, fundamentalmente el Prof. Oscar Uribe Villegas, compañero de estudios mío.

Terminados los trabajos presentamos examen el mismo día y en ambos casos recibimos la calificación de *magna cum laude*, adicionalmente el Instituto de Investigaciones Sociales publicó las dos tesis como libros de investigación. Poco después de recibida solicité mi ingreso al mismo Instituto, sin éxito en esa ocasión debido a carencia de plazas. De inmediato presenté solicitud en el Instituto Mexicano del Seguro Social y se me otorgó por primera ocasión en el tabulador de esa institución la plaza de *sociólogo*; debido al desconocimiento oficial de las posibles funciones de ella, sólo me fue posible ubicarme en el Departamento de Personal, colaborando en la asignación de puestos y en la selección de la plantilla administrativa.

Permanecí en esta institución cerca de un año, el tipo de actividad rutinaria no me proporcionó satisfacción e insistí en mi ingreso a la UNAM; una coyuntura familiar lo facilitaría. A través de relaciones de amistad con el entonces Secretario General de la máxima casa de estudios pude conocer cuál era el momento adecuado para concursar por una plaza de investigador científico de tiempo completo en el I.I.Sociales. Presenté concurso abierto y, ante la ausencia de candidatos y mis antecedentes en la dependencia, su director acordó proponerme para ocupar la plaza disponible, fue así como quedé definitivamente incorporada al Instituto. En aquel momento fuí la investigadora más joven y la tercera mujer, las otras dos eran una maestra de la Escuela de C. Políticas y Sociales, la doctora Ada D'Aloja y la licenciada en derecho, Ma. del Carmen Ruíz Castañeda, desde luego la única titulada en Ciencias Sociales de todo el cuerpo investigador lo fuí yo.

Mi trayectoria en la investigación la inicié bajo la dirección del coordinador de la misma, uno de los investigadores más destacados que haya tenido el Instituto, el maestro y doctor don José Gómez Robleda, introductor en México de la vertiente

empírica basada en la técnica estadística en el área de las ciencias sociales: antropología, sociología, psicología y criminalística, entre las más destacadas. Su sabia y humana enseñanza que abarcó, no sólo la parte académica, también el actuar en las diferentes áreas de la convivencia humana, marcò ineludiblemente mis tareas de investigación. A él debo el haber abierto una de las líneas de investigación sociológica en México, que no desarrollo en esta presentación por no estar vinculada con su temática, la del estudio socio-estadístico de uno de los problemas de conducta antisocial, el suicidio. La realización de la primera de mis investigaciones sobre este fenómeno coincidió con mi matrimonio y primer embarazo, circunstancias que no interfirieron en su desarrollo. Poco después del nacimiento de mi primer hijo concluí la primera investigación en México sobre aspectos socio-psicológicos, la del "Suicidio en el Distrito Federal", recuerdo como si fuera hoy, los varios meses, después del periodo de recuperación inicial, durante los cuales sólo podía avanzar en la redacción de resultados, durante las horas intermedias entre las comidas del bebé y, especialmente entre las siete u ocho y las once de la noche en que le dábamos la última toma. Quiero resaltar que pude avanzar y terminar esta investigación y la siguiente en el área, "El estereotipo del Mexicano, estudio psicosocial" sin un esfuerzo físico demasiado grande, gracias a la colaboración cotidiana y permanente de mi esposo. Universitario como yo y compañero de estudios, trabajaba en aquel entonces de tiempo completo en una institución bancaria hasta las cuatro o cinco de la tarde, a partir de su llegada a casa, casi en forma total se hacía cargo, primero de Ignacio, nuestro primogénito, después también de Bruno, el segundo, quien nació a los dos años. Con frecuencia era él quien velaba, cuando alguno de los niños enfermaba. Esta actitud de auténtico compañerismo, colaboración y apoyo en las tareas, no sólo del cuidado de los dos hijos, también en el resto de las actividades caseras, ha sido para mi dedicación casi total a la vida académica, fundamental. A este apoyo de mi esposo se aunó, durante la etapa pre-escolar de los niños, el que me proporcionaron

mis padres y mis suegros, con quienes permanecían los pequeños toda la mañana, durante la cual yo asistía al Instituto ininterrumpidamente de las 8.30 a las 14.00 horas.

Durante los primeros años de una nueva dirección del Instituto, la del doctor Pablo González Casanova, tuve la oportunidad de abrir la línea de investigación sobre sociología de la ciencia. En aquellos primeros años de la década de los *Sesenta* las comunidades científicas latinoamericanas habían adoptado en la reunión de Punta del Este la decisión de apoyar la creación de instituciones especializadas en el fomento de la ciencia y la tecnología. (en adelante C. y T.). A partir de una política global que buscó respuestas a las críticas situaciones político-económicas por las que atravesó América Latina durante la década de los años Sesenta, sus grupos dominantes propugnaron por soluciones técnicas que permitieran modernizar el aparato productivo y crear una infraestructura científico-tecnológica. En México los representantes de esos grupos dominantes actuaron como agentes intérpretes de un cambio básico en la sociedad que pretendió impulsar al aparato político a la toma de decisiones para tratar de superar los problemas inherentes al cambio. La concientización de esos grupos dominantes en pro de una intensificación de las actividades científico-tecnológicas se transformó en una serie de medidas concretas que dieron lugar a estudios sistemáticos de esa realidad a cargo de la propia comunidad científica. Después de varios intentos, se concretó la inquietud en torno a una preocupación fundamental, la de estar en condiciones de poder establecer las prioridades de una política nacional en materia de C.y T. Para lograrlo se planteó la necesidad -ya impostergable- de llevar a cabo estudios prácticos de un fenómeno hasta entonces sólo tangencialmente considerado. A partir de ese momento incidieron los factores sociales motivantes de un estudio de la sociología de la ciencia en México y se iniciaron las investigaciones empíricas, cuyos resultados propiciarían el continuado fluir, hasta el presente, de trabajos pioneros y básicos sobre el tema.

Fue nuestro Instituto la dependencia que centralizó y coordinó las subsecuentes investigaciones, precisamente por el enfoque social que se deseaba sustentar. En esa coyuntura la dirección supo despertar en mí el interés por esta nueva línea investigatoria, aprovechando las inquietudes y urgencias extra-académicas de contar con resultados empíricos. Fueron diferentes instancias las que financiaron las investigaciones en su primera etapa, que he considerado como la *mográfica*: la Academia de la Investigación Científica, el Instituto Nacional de Investigaciones Científicas y la Secretaría de la Presidencia, desde luego siempre a través de la dependencia universitaria en que trabajaba. Durante esta etapa coordine y realicé trabajos empíricos sobre situaciones particulares que posibilitaron planteamientos secundarios; sin embargo, no se limitaron a una fase descriptiva, al analizar los materiales procedentes de encuestas y entrevistas, se traspuso ese nivel y se entregaron estudios teórico-metodológicos en los cuales se conoció, por primera vez en la comunidad científica, las características socio-económicas de sus miembros y de las instituciones. De especial interés nacional fue la realización del primer *Inventario de Instituciones de Investigación Científica*.

Como subproducto de esta investigación se publicó, también por primera vez en el país, una serie de boletines de información acerca de las investigaciones en proceso en cada una de las disciplinas científicas, fue el antecedente que permitió y posibilitó la comunicación entre los estudiosos de problemas afines dentro de la comunidad científica nacional. Su éxito fue considerable, las cartas que encomiaron esta tarea procedieron de todas las áreas del conocimiento y de miembros de muy diversas dependencias; gracias a ello repetimos esta labor de divulgación durante dos años consecutivos.

La participación del Instituto de Investigaciones Sociales a través de su dirección y de mí como investigadora responsable en la investigación nacional para determinar las políticas y requerimientos de la investigación científica en el área correspondiente,

Ciencias Sociales, y la colaboración en la concentración, interpretación y redacción de los materiales provenientes de las restantes áreas, las que quedaron a cargo de otras tantas dependencias universitarias, sentarían las bases para la constitución, uno año más tarde, del CONACYT.

A partir de ese momento, se sucedieron apoyos a otros trabajos similares, para ese entonces, se había constituido el inicial grupo de trabajo, formado por algunos colaboradores procedentes de otras disciplinas, un economista, una psicóloga y una socióloga, todos ellos en proceso de realización de tesis de licenciatura. Fue así, como desde finales de los años sesenta y principios de los setenta, inicié esa vertiente de mi vida académica, la preparación de recursos humanos informalmente, a través de la enseñanza directa a lo largo del proceso de investigación, simultáneamente también tomaba experiencia en la docencia. Formé parte de los iniciales profesores del plan docente de *grupos pilotos* en la Escuela de C. Pol. y Sociales y profesora fundadora del turno matutino de la carrera de Psicología, entonces institucionalizada en la Fac. de Filosofía y Letras.

3.- Experiencia académica-administrativa.-

Fue el ascenso del Dr. González Casanova a la Rectoría de la UNAM el momento de mi vida que estuve más cerca de ocupar un puesto directivo académico. Con su salida del Instituto quedó éste acéfalo y su comunidad formuló la terna para su dirección, quedamos en ella los tres investigadores más jóvenes con formación sociológica y titulación en la carrera, Raúl Benítez Zenteno, Jorge Martínez Ríos y quien escribe. Probablemente haya sido esta coyuntura en la única en la cual pueda yo considerar que mi género desempeñó un papel significativo, si bien propiciado por decisión propia. Las responsabilidades inherentes a la dirección, el tiempo que su desempeño requeriría y mi carácter poco comunicativo influyeron conjuntamente en mi decisión de no participar en la etapa final de la elección a la dirección. Propusé a mis dos colegas en la terna, retirarme informalmente de ella, siempre y cuando

cualesquiera de los dos que llegara a la dirección, me seleccionaría para el puesto de la secretaria técnica, como entonces se llamaba la actual académica. De común acuerdo con los otros dos integrantes de la terna, en la conveniencia de no salir oficialmente de ella, para no dar paso a un tercer candidato, que bien podría provenir de fuera de la comunidad del Instituto, acepté figurar hasta el final; sin embargo, comunicar directamente al ya entonces Rector, mi decisión personal de no aceptar la postulación final. Fue así como en plática personal con la máxima autoridad universitaria le comuniqué mis temores y decisión personal, basada en mi papel de joven madre y esposa, para mí mucho más importante y relevante, que el de posible directora. Le pedí que lo transmitiera así a la Junta de Gobierno y para mi tranquilidad, la decisión fue en favor de quien se consideró más adecuado para el desempeño de aquella dirección. Establecí, en ese momento, las prioridades a lo largo de mi vida: en primer lugar mi familia, en segundo mi vida académica.

Durante el desempeño de mi cargo como secretaria académica, tuve oportunidades varias para demostrarlo, sin que por ello hubiera, en ningún momento de los seis años que duró el cargo, dejado de cumplir mis tareas, en primer lugar, de investigación, pero tampoco las académico-administrativas; en aquel entonces, la secretaría concentraba, no sólo los aspectos de administración del personal académico, también los del administrativo, así como la coordinación de las publicaciones institucionales; no contábamos con asistentes varios como sucedería posteriormente, pero sí con una magnífica colaboradora directa, "Josesita", sin cuya capacidad, conocimiento y dedicación, las tareas, huberan sido mucho más difícil y absorbentes. Sin embargo, para lograr desempeñarlas, sin descuidar las actividades familiares, no sólo con los miembros más cercanos o dependiente, mis hijos y marido, también con mi entonces madre enferma y padre sufriente, tuve que robarle horas al día, iniciando las tareas cotidiana e ininterrumpidamente de las 8 u 8.30 de la mañana hasta las 3 de la tarde, en las instalaciones universitarias y continuando,

después de supervisar las tareas escolares y las domésticas, de las 7 a las 10 de la noche. De nuevo, durante estos duros años, conté con todo el apoyo y colaboración de mi esposo, quien, fundamentalmente, se hacía cargo de desayunos, llevadas al colegio y meriendas. Adicionalmente, fueron épocas en las cuales el servicio doméstico era permanente, confiable y no caro, circunstancias mucho más apreciables en los meses de vacaciones escolares.

Los años en las labores académico-administrativas fueron de acumulación, no sólo de experiencia laboral, también de relaciones y conocimiento del funcionamiento de la burocracia universitaria. Permitieron la continuidad de formación del grupo y de su expansión, pero, personalmente, considero que durante esa temporada reforzé mi personal disciplina de trabajo.

4.- Los años más cercanos, nuevas etapas.-

¿ Qué pasó después de esta etapa cercana al poder, que se concentraba en la dirección del entonces Instituto más fuerte del área de las Humanidades y Ciencias Sociales ? Como era de suponerse el cambio no fue fácil, en especial debido a que la sucesión en la dirección recayó en una personalidad conflictiva por su inexperiencia, frente a la cual, mi posición, fuerte y femenina y conocedora de la situación, pero por ello no dispuesta a ser manipulada, después de algunos enfrentamientos, me indicaron la conveniencia de, auténticamente, "poner tierra de por medio". Inicialmente disfruté mi diferido año sabático en Inglaterra, posteriormente conseguí una comisión académica en la zona bajacaliforniana, en donde se me pidió coordinar una investigación fronteriza. Así permanecí cuatro años fuera del ámbito metropolitano capítalino, adquirí nuevas experiencias, realicé nuevas investigaciones, que sin apartarme de la sociología de la ciencia, me adentraron en el campo de la sociología de la cultura. Inicié en Baja California el estudio de su creciente comunidad científica, el que extendí después, con apoyo central, al resto de la franja fronteriza.

A partir de mi reincorporación al Instituto, con el cual siempre permanecí vinculada institucionalmente, los últimos años de mi vida académica han sido de intensa actividad, no sólo de investigación y docencia, también de formación de recursos humanos y nuevos grupos de trabajo que han expandido la perspectiva del estudio de la ciencia, de lo fundamentalmente sociológico a lo interdisciplinario.

Personalmente he reafirmado mi, probable, inicial o soterrada vocación, la del estudio de la perspectiva histórica en la ciencia; sin una manifiesta intención, pero probablemente debido al trato y trabajo con algunos profesores mexicanos y españoles que sustentaban perspectivas más profundas y amplias que la mía, fue después de una estancia sebática en España que busqué una nueva dimensión para mis trabajos. Paulatinamente, y como casi siempre me ha ocurrido en mi carrera, ¿ incidental, consciente o inconscientemente ? a través de convenios y encargos de proyectos de investigación, encontré una novedosa y apasionante perspectiva complementaria de lo que hasta hace pocos años había trabajado, se trata ahora del enfoque socio-histórico de la actividad científica a través de sus protagonistas, los científicos, académicos y pensadores que han forjado nuestra comunidad científica en su desarrollo desde la etapa colonial.

El acercamiento a este nuevo enfoque, el cual, en su combinación con lo social, me parecía, a medida que profundizaba en él, más y más sugerente y prometedor, también me puso de manifiesto la necesidad de contar con una preparación más adecuada y profesional. Fue así como me decidí al estudio de un posgrado en Historia de México. La experiencia de retornar al aula, ya no como docente sino como simple estudiante, si bien no ha sido en absoluto fácil, especialmente debido a una difícil burocracia de la cual no se escapa y que iguala al investigador formado con el inicial estudiante, ahora que la he concluido, debo confesar que fue gratificante y, desde luego rica en conocimientos, no sólo académicos, también humanos y de sumisión personal.

Simultáneamente a esta ampliación de miras disciplinarias he tenido, durante estos años más reciente, otro tipo de actividades, la coordinación de grupos de investigación y trabajo. En torno al estudio de la C. y T. nos hemos consolidado un conjunto de académicos, quienes buscamos lograr una convergencia teórico-metodológica en nuestros planteamientos y análisis. Cuatro años de trabajo colectivo, de auténtica colaboración y reforzamiento del grupo como tal y de cada uno de sus integrantes, han señalado un liderazo académico, sin duda la característica fundamental que hace posible un exitoso trabajo académico colectivo, no sólo en el nivel de investigadores formados y en formación, también en el de los estudiantes que inician el camino hacia la investigación.

Sin duda que esta etapa, no se si final en mi actividad o sólo una más en mi camino, es la que me ha proporcionado la mayor satisfacción; ha sido a partir de mi experiencia acumulada, de mis buenos y malos trabajos, de mis triunfos y fracasos que he logrado superar una parte de mi carácter retraído y establecido una duradera comunicación con los miembros de este grupo. El temor que en la vida académica se acrecienta con la edad de llegar a ser solamente tolerada, pero no requerida o necesitada, en ocasiones considero que se da en el plano de los directivos de mi dependencia, el permanente requerimiento por miembros de otras instancias académicas me devuelve una confianza en mis realizaciones que difícilmente he perdido a lo largo de mi vida como investigadora.